

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

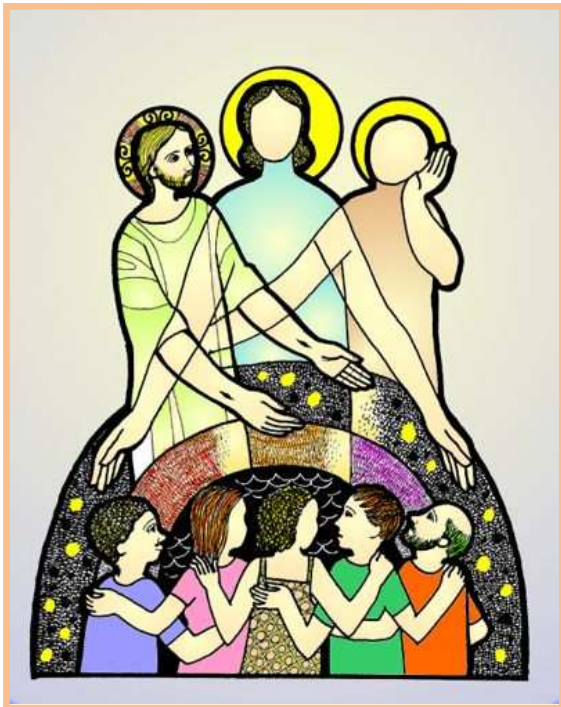
1ª lectura (Proverbios 8, 22-31): *El Señor me creo al principio de sus tareas.*

Salmo (8, 4-9): *«Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra»*

2ª lectura (Romanos 5, 1-5): *La esperanza no defrauda.*

Evangelio (Juan 16, 12-15): *El Espíritu de la verdad os guiará.*

Ante una espléndida puesta de sol, ante la planta que florece, ante el nacimiento de un niño, ante la belleza del mundo, nos maravillamos. Y junto al asombro nos llega el pensamiento del salmista: *«¿Qué soy yo para que te acuerdes de mí, Dios mío?»* ¿Quién soy yo para darme el poder de disfrutar de tanta belleza y también el poder para destruirla?



A la vida la llamamos misteriosa porque nos maravilla, porque nos sobrepasa. Y sin embargo, por lo normal, nos olvidamos torpemente de preservar su belleza o nos aprovechamos intencionadamente de ella. A Dios también le llamamos misterioso, y su misterio se llama Trinidad. No nos sobrepasa un problema lógico o matemático (tres que son uno), sino saber que el mismo Dios que nos ha creado junto a toda la belleza del universo haya querido, en su Hijo, perdonar nuestros torpes olvidos e intencionados provechos, y permanecer en su Espíritu una y otra vez junto a nosotros, anunciándonos así la misteriosa verdad que fue, es y está siempre por venir.

Ahora bien, los mismos que una o mil veces nos maravillamos, otras tantas nos desesperamos ante lo absurdo, lo trágico, lo inútil y horrible que contiene igualmente el vivir. Ante tales tribulaciones o bien podemos partir la realidad en dos: entre su fealdad invivible y su belleza; o bien podemos reconocer que el misterio trinitario de Dios es la verdad de la realidad de cada día y el auténtico misterio que habita la vida.

Las primeras comunidades cristianas, como relata la segunda lectura, tomaron esta segunda opción: reconocer que la fe da sentido a la fealdad porque en ella reside la esperanza en que el amor del Dios Padre, Hijo y Espíritu lo puede todo y nunca defrauda. En su carta encíclica *Laudato si*, el papa presenta a san Francisco de Asís como el modelo de cristiano y orante que así lo hizo.

San Francisco como nadie reconoció que el misterio divino de la fe, la esperanza y el amor es lo más real de un mundo difícil a veces de encarar. A su luz la preocupación por preservar la belleza de lo creado, la justicia comprometida por los más pobres y la paz interior se anudan en una experiencia de vida y oración singular. *«Orar para vivir y vivir para orar»*.

Todos estamos llamados a seguir este modelo de una u otra forma; incluyendo a quienes están vocacionados a orar y maravillarse de forma contemplativa ante el misterio de Dios y de la Vida, que así nos enseñan a orar para vivir desde la verdad del misterio.

La grandeza del misterio no lo aleja ni excluye de nuestra vida. Son precisamente los momentos que más caracterizan y marcan la vida de la fe los que más explícitamente se administran en el nombre y la invocación de este misterio.

El comienzo de esta vida en el bautismo se administra en el nombre de Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En el sacramento de la reconciliación se perdonan los pecados también en el nombre de la Trinidad, y ese nombre invocamos al comenzar la celebración de la eucaristía, misterio de fe.

Lo que se afirma de Dios en general, se puede afirmar igual o más apropiadamente de este misterio en particular del que, sin la revelación, nunca habiéramos podido sospechar nada. Entonces ¿callar, aceptar y adorar en silencio? Equivaldría a despreciar, por inútil, la revelación de Dios. Si Dios se revela es porque esa revelación implica ilustración o consecuencias para la vida de la fe. Al revelarse nos invita a entrar en su misterio y descubrir en él mucho más que un juego de cifras.

Los teólogos se han esforzado por esclarecer el misterio con conceptos y comparaciones. San Patricio, apóstol de los irlandeses, lo popularizaba con la conocida comparación del trébol: *«tres hojas distintas en un solo tallo, como las tres personas en una naturaleza»*.

Lo que permanece abstracto en el análisis se hace concreción gratificante en la meditación personal porque demuestra que el amor y providencia de Dios no es un episodio transitorio en la Historia de la Salvación, personal y en la del mundo, sino presencia permanente.

Creer en Dios Padre significa confesar la grandeza de Dios que quiere comunicarnos su vida. En el Antiguo Testamento se revela como Padre que lleva a su pueblo en el corazón, lo libera de la esclavitud, lo protege en los peligros, establece con él una alianza y por amor le envía a su propio Hijo para que lo salve.

Creer en el Hijo es confesar que Jesús como Hijo de Dios encarnado para compartir nuestra vida temporal y garantizar nuestra vida eterna. En Jesús reconocemos el argumento del amor de Dios.

Creer en el Espíritu Santo significa el reconocimiento agradecido de la presencia activa de Dios en el mundo, que ayuda a hacer realidad la obra de Cristo en el presente y estimula la esperanza en el futuro.

Todo esto son pistas o indicios que introducen en el misterio de Dios en relación con nuestra vida y proyectan sobre ella su inefable amor.